

## **LOS TRES GRADOS DE LA BELLEZA SENSIBLE O LO APOLÍNEO, LO DIONISIACO Y LO MÍSTICO\***

Por José Vasconcelos

(Fragmento de un libro juvenil sobre la estética del baile, que no llegó a terminarse)

Tengamos presente que la belleza es una cosa en sí, no un accesorio ni un ornamento, más bien, una ley interior de la imagen, ley diferente del simple mecanismo físico químico que rige la agregación y disgregación de los átomos y distinta también de la lógica que relaciona los conceptos así como la ley psicológica que maneja las imágenes por medio de analogías y asociaciones. La belleza puede participar de todo esto, pero es algo más que todo esto y a veces se atreve a contradecir todo esto; teniéndolo así presente intentemos un breve examen de las condiciones exteriores del proceso de la belleza.

Desde el punto de vista externo, la belleza es un estado en el cual el objeto a la imagen se nos presenta con caracteres de armonía y de acuerdo con nuestro gusto, es decir, con nuestro espíritu y al mismo tiempo dotados de una especie de lujo dinámico, de una aureola que revela energía sobrante aun después de que se ha realizado el propósito formal. De suerte que el objeto se ve perfecto y se ve animado. Lo meramente perfecto no es bello porque le falta el “elan”, el impulso y el vuelo. Al mismo tiempo, lo feo aunque le sobra arranque no llegará a ser bello, se manifestará cuando más patético.

Cuando la imagen o la idea alcanzan su propia y suprema expresión; cuando la imagen se constituye de tal suerte que no podría concebirse más hermosa; y sin embargo subsiste algo como afán ideal, si todavía, sobre la perfección, tiembla un extraño ritmo, entonces, se puede asegurar que hay belleza.

En medio del desagrado que nos causa la multiplicidad inconexa de nuestras sensaciones, la armonía realizada de una manera espontánea, casi milagrosa por el sentimiento estético, nos aquieta y nos produce goce. Al mismo tiempo nos revela la posibilidad de un acuerdo de lo múltiple mediante un valor nuevo, más alto que la lógica y más alto que la misma ley de la forma. Observando en qué consiste ese valor milagroso, descubrimos que se manifiesta cuando la forma se acerca a la perfección, y todavía manifiesta una aspiración a lo trascendente.

Lo profundo de la belleza consiste, entonces en que, en vez que la forma se limite a lograr su manera y su finalidad más alta, todavía perdura en la imagen una energía indeterminable que ya no puede emplearse en pulimento y afinación puesto que ya se logró el propósito formal y se aplica a superar y trascender la forma misma y la idea de la

forma. El anhelo de superar la forma se vuelve a menudo tan intenso, que los contornos de la imagen se miran evanescentes, como si ya fueran a verterse en una realidad superior; realidad que ya no se expresa con ningún signo porque trasciende a todos los símbolos. Se necesita pues que la forma se realice en la mejor de sus potencialidades y que enseguida tienda a superarse y a transfigurarse; sin transfiguración no hay belleza. El espíritu que ha dominado la extensión, penetra en lo estético al darse cuenta de que más allá de la forma hay un estado de profundo ritmo; de patética unción que ya ni puede ni debe cristalizar en imágenes. Los signos de la vista no alcanzan, tal condición infinita, apenas las sugieren. La forma se vuelve entonces como un lenguaje provisional, ya inútil, desde que la belleza alcanza plenitud. De tal suerte la belleza comienza tan pronto como la forma se destiende y se supera en el hálito de la transfiguración. Comienza cuando percibimos que las cosas exteriores, contradictorias de nuestra naturaleza y hostil a nuestra sensibilidad se torna como a afines merced a una suerte de comunicación que identifica su ley externa con la ley interna de nuestras almas. Gracias al descubrimiento de esta insospechada identidad de ritmos, nos desentendemos de la mera forma y comulgamos con la esencia. Las artes meramente formales, como la pintura y la escultura difícilmente traducen esta comunicación esencial; lo logran sólo en parte cuando impregnan, cuando se saturan de música. La música que es arte de movimiento interno, de movimiento antimecánico, es decir, estético, constituye por eso mismo un arte esencial de la revelación. Solo la música descriptiva pierde este sentido profundo. Lo mismo ocurre con el baile sino se subordina a la sensación, hará de la forma en movimiento un lenguaje que supera la sensación y casi revela el misterio.

La imagen que se agita para envolver, para libertarse de su ley propia, no para hacerse universal ni para conquistar arquetipo, sino para hacerse ilimitada y eterna para convertirse en esencia infinita ese confuso tránsito es lo que nosotros llamamos belleza.

En cierta manera la belleza rompe los límites de la forma, desentraña la esencia y le da ritmo inesperado. Por lo mismo no hay nada de común entre la manera estética de percibir y sentir los objetos y la manera sensorial o la manera intelectual de concebirlos. El proceso estético no lleva a la idea como erróneamente lo creyó el platonismo; ni conduce a la voluptuosidad como lo han creído los hedonistas; no es ni sensorial ni ideal, se vale de ambas maneras como procedimientos más o menos felices para llegar a un fin, pero el fin es mucho más alto y podría llamarse un fin religioso. Produce goce como la sensación, pero un goce que no fatiga ni daña, pues engendra, cada vez más, más goce y produce claridad como el pensamiento, pero una claridad que no se detiene en el contorno de las

figuras sino que penetra las esencias y las anima de ritmo trascendental. Usando una definición precisa podría afirmarse que la belleza es la última apariencia del fenómeno que comienza a transformarse en nóumeno, cuando inicia su reversión al Nous infinito y dichoso. De todas maneras la belleza es una manera de redención de las cosas. A veces sentimos que una dulce contrición interior podría salvarnos, nos salva, pero luego advertimos que no queremos irnos solos; el mundo es en cierta manera profunda parte nuestra y creación nuestra; el amor que todo lo abarca de nada se quiere desprender; el verdadero amor es comunión con cuanto existe, no renunciamiento. Así lo entendió San Francisco de cuya doctrina se deriva una teoría estética que bien podría llamarse el "Asismo"; la comunicación de amor con todos los seres por el conducto de la belleza. En esta manera asista franciscana, de contemplar las cosas, está el germen de la verdadera interpretación filosófica de la belleza.

Reclamamos nuestras imágenes queridas; no queremos que cristalicen y se queden guardadas en el cielo platónico; queremos libertad de la forma, porque al fin y al cabo la forma es una convención nuestra, y para ellas una cárcel. Queremos que las imágenes nos sigan allí donde va nuestro espíritu, allí donde la forma se convierte en ritmo y se aniega de misterio, para renacer no sabemos cómo, pero si estamos seguros de que renacerán sobrepujadas. Para llamar esto de algún modo lo denominamos intuición mística. En ella está el secreto y la ley de nuestra penetración en el misterio. Lo único que podemos afirmar de esta intuición mística es que constituye una manera de existencia que trasciende a lo físico, sin anularlo, transformándolo junto con nuestra conciencia, haciéndolo evolver o para usar el viejo y exacto término transfigurándolo, y hay un rasgo de misterio en la transfiguración y es que no queremos, no debemos salvarnos solos; pretendemos que vayan con nosotros nuestros afines; nuestro mundo entero de formas y la sustancia misma de los cuerpos que han hecho parte de nuestra vida. Sin embargo, de aquí no se deduce que anhelemos la resurrección de la carne, ni que las imágenes amadas se repitan para perpetuarse; lo que el pathos estético logra es que las imágenes sufran también una transformación de acuerdo con nuestro propio aumento de capacidades y nuestro mayor grado de acercamiento a la divinidad. De tal suerte cada conciencia se ve con su mundo propio: pero ni la conciencia ni su mundo pretenden eternizarse en el grado imperfecto de lo temporal; pues no desean la incapacidad permanente; aspiran a la belleza, por eso van acercándose, poseídas de júbilo, al estado divino. La belleza no es entonces más que indicio y anticipación de la ley conforme a la

cual se opera el cambio de lo corruptible a lo divino. Para expresarla de algún modo con palabras, digamos que la belleza es ritmo y júbilo en acción trascendental.

Donde no hay ímpetu elevado, donde no hay arranque trascendental, no puede haber belleza. La belleza siempre es Pathos, es movimiento, movimiento orientado a lo divino. Y en este misterioso proceso del ascenso redentor de la materia al espíritu y del espíritu a la infinita bondad jubilosa, podemos distinguir tres grados, a los cuales daremos tres nombres clásicos para facilitar mejor la comprensión de nuestra tesis. Distinguimos en el proceso trascendental de la belleza el periodo apolíneo, el período dionisiaco y el período místico. Lo Apolíneo, Lo Dionisiaco, lo Místico: he aquí los tres grados de toda belleza sensible.

Lo bello siempre es un proceso; no puede ser estático. La belleza es dinámica. Desde que el proceso divino se detiene la suspensión nos causa angustia y se interrumpe el júbilo sagrado; desaparece la emoción, la intuición de la belleza.

En el desenvolvimiento de la emoción estética, cada imagen ha de sugerir potencialidades y más ricas o más altas, y este símbolo ha de ser promesa de una finalidad ulterior. Fijar la imagen, suspenderla en un instante equivale a extinguir su esencia; de ahí que la belleza verdadera revele siempre, el temblor, el pulso, el ritmo del mundo. Aún la escultura, la gran escultura posee frenesí sagrado. En la música es más fácil lograrlo, cualquier tripa que vibra conmueve el universo, en cambio sólo un genio es capaz de imprimir soplo a la piedra. Al mismo tiempo con la música se llega más adelante, se penetra más al fondo; el arte de Bach supera al arte de las catedrales, dice lo mismo que las catedrales, y además otras muchas cosas que la catedral no sospechaba; voces que se salen de sus vanos, para sacudir la tierra y para inundar los cielos. Ya esta clase de música marca el final del proceso artístico hasta donde es dado al hombre alcanzarlo; representa el período místico de la belleza; pero comenzamos a definir el período inicial, el período apolíneo.

Apolo es la expresión de la belleza formal perfecta; y gusta de divertirse con la gracia de las formas hermosas, se deleita con el esplendor a tal punto que la mera figura lograda lo complace y lo calma; contemplándola no desea más. El triunfo y esplendor de la imagen. La imagen bella en sí misma, resplandeciente y fatal y deleitable, eso es lo apolíneo. Los griegos representaron tal género de arte en su escultura y los artistas modernos del baile, imitando los frisos antiguos, han llegado a manifestaciones de belleza deslumbrante. Para mayor claridad citaré ejemplos contemporáneos. Los bailes griegos de las discípulas de la Duncan que parecen una teoría desprendida de un vaso antiguo, pero

espléndida de color, de movimiento y de vida, eso es un baile apolíneo: la forma y la vida en su gloria; la gloria es apolínea. Los sentidos se deleitan, la emoción se vuelve pura, la dicha se revela en la imagen misma que, nos cautiva a tal punto, que quisiéramos proclamarla inmortal. Sin embargo, puro y todo el espectáculo revela que el glorioso Apolo es un Dios engañador, quien le ofrenda reverencia. Hay un momento en que el pecado mismo colabora con la potencia de redención; un pecado que nos lleva a desear; y ya entonces, no nos satisface la imagen, ya no es un deleite tranquilo el que apacigua nuestros pechos, sino una quietud que se acentúa, una ansia de posesión que se convierte en locura. La imagen se borra, la conciencia se turba, pasa una especie de *maelstrom* por todos los sentidos, se produce una como embriaguez, la pasión de desenfrena y estalla el delirio: tal es el estado dionisiaco que trae consigo un nuevo aspecto de la belleza, un aspecto menos límpido, pero más hondo, más impregnado de tiempo, de ansiedad y de infinito. Una bacanal griega, bien bailada por una danzarina de genio como la Pavlowadá, idea de lo que es como arte, el dionisiaco.

Todos conocemos también un género de baile en que las dos maneras de arte, la apolínea y la dionisiaca se compenetran y aún llegan a evocar la tercera; el género gitano, el flamenco español, a la vez castizo y oriental. Un garrotín por ejemplo de Pastora Imperio es todo un drama complejo y profundo en el cual podemos advertir las tres distintas fases que señalamos en el fenómeno estético. En los primeros pasos de presentación, la imagen de la bailadora nos cautiva y nos deslumbra, nos colma el deseo, no apetecemos sino seguirla mirando y la seguimos absortos a medida que oscila y se contonea acompañándose del dulce roncar de las castañuelas. Pero, poco a poco, el son y los movimientos se hacen más roncros y como reconcentrados. Hay algo que remueve las profundidades de la sensualidad, incita el deseo, y despierta el frenesí del goce carnal; la clara visión se borra y la conciencia se anula, el instinto grita su hora; la borrachera dionisiaca se expande y sentimos el poder de la voluptuosidad que mantiene la vida humana sobre el planeta. Pero no termina allí el soberbio rito, por el interior del frenesí mismo ha ido apareciendo una fuerza que la subyuga. La danzarina se ha entregado a la pasión, pero la supera y ya está como de retorno. Sus pasos se han hecho lánguidos pero la mirada está encendida y el alma anhela, huye, se va a lo alto. El cuerpo todo asciende en espirales magníficas, temblando de armonía dentro de la curva sagrada que, se completa en los brazos, y se prolonga a lo infinito en la canción penetrante y libertadora de las castañuelas que, ya al final, parece que purifican sus trinos.

Sin embargo en este arte apasionado no se revela todavía en toda su fuerza la manera mística de la belleza; para llegar a esta última expresión habría que estudiar la danza de la bayadera, delante de sus ídolos eternos. La que danza, no para complacer hombres, sino para entregar el alma a lo infinito, exhibiendo de la adorable tentación de sus formas que anhela también redimirse en frenesí místico, tal es la belleza absoluta; una embriaguez, ya no de pasión sino de inmortalidad y de infinito.

Así recorre el espíritu auxiliado por el arte del baile, los tres grados de la revelación de la belleza: la imagen que suspende el ánimo y que hizo exclamar a los griegos: eres un Dios; la pasión que nos embriaga cuando desesperamos de encontrar lo infinito y por último la conquista del misterio que es como embriaguez de fuerza y alegría en el universo nuevo.

Si queréis términos que ayuden a retener la tesis diremos: Apolo lo individual imperfecto; Dionisios lo universal pero no lo universal abstracto, sino la emoción de la alegría del mundo; y Buda, lo absoluto en el primero de los ciclos sagrados. Conforme a tal ley tríplice opera la belleza para llevar las imágenes a la unidad del sentir estético: la unidad es el ritmo trascendental de lo bello y para acercar las imágenes a la gracia divina, con el que, no sólo las almas, sino las cosas también se salvan.

---

\* En el *Ulises criollo* Vasconcelos recuerda una sesión del Ateneo, que se realizó entre 1910 y 1911. Recuerda, particularmente, haber llevado un escrito en donde habla sobre la belleza y los grados de la belleza sensible, ilustrando como ejemplos algunos tipos de baile. Recuerda, además, que los compañeros le criticaron la falta de estilo. Pero, dice, “no era estilo lo que me faltaba sino precisión, claridad del concepto”. Y más adelante agrega: “Si bien el pensamiento central de todas mis obras estaba allí, desde entonces, los mismos apuntes que vengo extractando revelan lo que también mis recuerdos confirman, a saber que mis ideas adolecían de oscuridad, y no por pobreza de léxico, sino por falta de madurez”. Lo que no recuerda Vasconcelos es que dicho texto lo publicó en la revista *La Antorcha*, en 1925, cuando dejó a cargo de ésta a Samuel Ramos. Por nuestra parte, lo que podemos decir es que este texto no ha sido citado, referido y estudiado en los trabajos sobre Vasconcelos que hasta ahora conocemos. Lo que se conoce y se refiere algunas veces es lo que se manifiesta en el *Ulises criollo*. La referencia bibliográfica de donde fue tomado el texto que ahora presentamos es la siguiente: Vasconcelos, José. “Los tres grados de la belleza sensible, o lo apolíneo, lo dionisiaco o lo místico”. *La Antorcha*, 30, 25 de abril de 1925, pp. 8-9 y 14. Sólo nos resta decir que hicimos algunos pequeños cambios, sobre todo en los errores tipográficos. Nota de Raúl Trejo Villalobos.